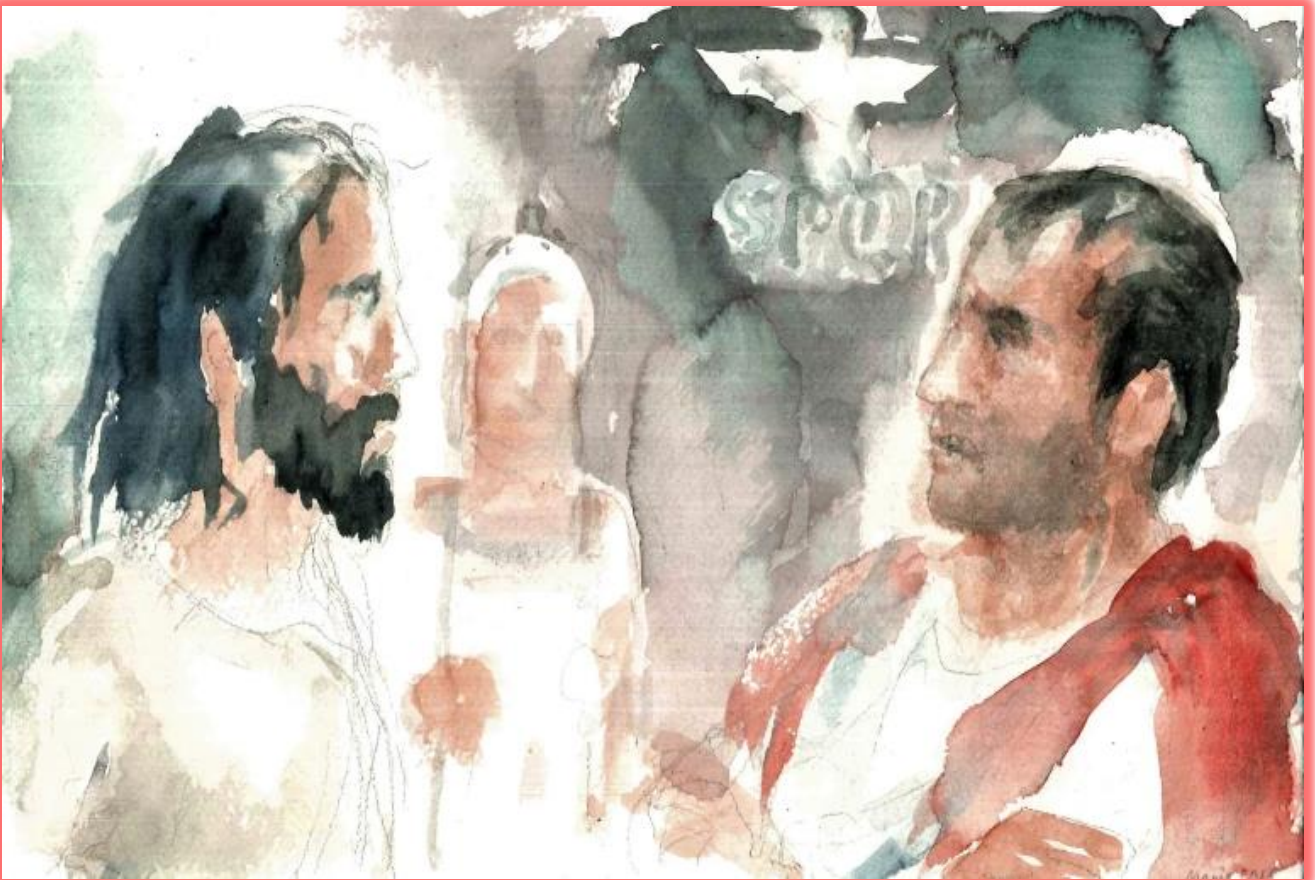


# Sal y Luz

Domingo Jesucristo Rey del Universo (B)-21.11.2021

Nº 105 Parroquia San Carlos Borromeo

*«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37). El reino de Jesús tiene que ver con la historia, pero coincide también con la verdad. El Hijo de Dios no ha venido a «enseñar» la verdad, sino a dar testimonio de ella, es decir, a hacer emerger el reino. En esto consiste su misión: hacer emerger la verdad en la historia, que es el cumplimiento de la historia, que es el reino, que es Cristo. La verdad es la existencia de Dios como Padre que genera y da la vida. Es una revelación de Dios como amor que engendra, que incluye al otro, una existencia que incluye la vida que da. Es la vida como comunión del Padre, ligada a la manifestación del Espíritu Santo que «nos guiará a la verdad plena» (Jn 16,13). Nos guiará, no será el «profesor» de la verdad. Nos guiará a la verdad plena, a la comunión total donde la historia encontrará su cumplimiento. (P. Marko Ivan Rupnik, SJ).*



*Dunque tu sei re?, acuarela de Maria Cavazzini.*

***Tú lo dices: soy Rey  
(Jn 18,33b-37)***

# COMENTARIO

**Primera lectura: Dan 7,13-14:** *Su poder es un poder eterno.*

**Salmo resp. Sal 92:** *El Señor reina, vestido de majestad.*

**Segunda lectura: Ap 1,5-8:** *El príncipe de los reyes de la tierra nos ha hecho reino y sacerdotes.*

**Evangelio: Jn 18, 33b-37:** *Tú lo dices: soy Rey.*

## La Verdad: Cristo Rey

### 1.- Introducción

El reino de Cristo no es de este mundo, pero se manifiesta en este mundo y su manifestación es la salvación del mundo. Los reinos de este mundo se afirman y defienden con fuerza y potencia; el reino de Dios, en cambio, se realiza en la humildad y en la obediencia. Cristo cumple su misión en obediencia al Padre: «Es necesario que el mundo sepa que yo amo al Padre y hago lo que el Padre me ha mandado». La vida de Cristo es un testimonio de la comunión con el Padre y esta comunión, precisamente porque no se rompe nunca, es la vida eterna. La vida que no flaquea es la verdad, la verdad es lo que permanece, lo que no defrauda, no engaña, sino que afirma la fidelidad. Éste es el Cristo Rey. Cristo con su comunión nos salva a nosotros, los hombres, de la soledad y del aislamiento en que nos encontramos a causa del pecado; somos un rebaño disperso, pero Cristo nos recoge unidos a él, nos presenta al Padre.

### 2.- Evangelio: Todo el que es de la Verdad escucha mi voz

Tomamos como núcleo de esta contemplación lo ya escrito en su momento por el Papa Emérito Benedicto XVI.

El interrogatorio de Jesús ante el Sanedrín concluyó como Caifás había previsto: Jesús había sido declarado culpable de blasfemia, un crimen para el que estaba previsto la pena de muerte. Pero como la facultad de sancionar con la pena capital estaba reservada a los romanos, se debía transferir el proceso ante Pilato, con lo cual pasaba a primer plano el aspecto político de la sentencia de culpabilidad. Jesús se había declarado a sí mismo Mesías; había, pues, reclamado para sí la dignidad regia, aunque entendida de una manera del todo singular. La

reivindicación de la realeza mesiánica era un delito político que debía ser castigado por la justicia romana.

En la descripción del desarrollo del proceso, los cuatro evangelistas concuerdan en todos los puntos esenciales. San Juan es el único que relata el coloquio entre Jesús y Pilato, en el que la cuestión de la realeza de Jesús, del motivo de su muerte, se resalta en toda su profundidad (cf. 18,33-38).

Pero preguntémosnos, antes de nada: ¿Quiénes eran exactamente los acusadores? ¿Quién ha insistido en que Jesús fuera condenado a muerte? En las respuestas que dan los Evangelios hay diferencias sobre las que hemos de reflexionar. Según san Juan, son simplemente «los judíos». Pero esta expresión de Juan no indica en modo alguno el pueblo de Israel como tal –como quizás podría pensar el lector moderno–, y mucho menos aún comporta un tono «racista». A fin de cuentas, san Juan mismo pertenecía al pueblo israelita, como Jesús y todos los suyos. La comunidad cristiana primitiva estaba formada enteramente por judíos. Esta expresión tiene en san Juan un significado bien preciso y rigurosamente delimitado: **con ella designa la aristocracia del templo**. En el cuarto Evangelio, pues, el círculo de los acusadores que buscan la muerte de Jesús está descrito con precisión y claramente delimitado: **designa justamente la aristocracia del templo e, incluso en ella, puede haber excepciones, como da a entender la alusión a Nicodemo (cf. 7,50ss)**.

Pasemos de los acusadores al juez, el gobernador romano Poncio Pilato. La imagen de Pilato en los Evangelios nos muestra muy realísticamente al prefecto romano como un hombre que sabía intervenir de manera brutal, si eso le parecía oportuno para el orden público. Pero era consciente de que Roma debía su dominio en el mundo también, y no en último lugar, a su tolerancia ante las divinidades extranjeras y a la fuerza pacificadora del derecho romano.

Así se nos presenta a Pilato en el proceso a Jesús. La acusación de que Jesús se habría declarado rey de los judíos era muy grave. Es cierto que Roma podía reconocer efectivamente reyes regionales, como Herodes, pero debían ser legitimados por Roma y obtener de Roma la circunscripción y delimitación de sus derechos de soberanía. Un rey sin esa legitimación era un rebelde que amenazaba la *Pax romana* y, por consiguiente, se convertía en reo de muerte. Pero Pilato sabía que Jesús no había dado lugar a un movimiento revolucionario. Después de todo lo que él había oído, Jesús debe haberle parecido un visionario religioso, que tal vez transgredía el ordenamiento judío sobre el derecho y la fe, pero eso no le interesaba. Era un asunto del que debían juzgar los judíos mismos. Desde el

aspecto del ordenamiento romano sobre la jurisdicción y el poder, que entraban dentro de su competencia, no había nada serio contra Jesús.

La acusación provenía de los mismos connacionales de Jesús, de las autoridades del templo. Para Pilato tuvo que ser una sorpresa que los compatriotas de Jesús se presentaran ante él como defensores de Roma, desde el momento que, por lo que conocía personalmente, no tenía la impresión de que fuera necesaria una intervención.

Pero he aquí que, de improviso, surge algo en el interrogatorio que le inquieta: la declaración de Jesús. A la pregunta de Pilato: «Conque ¿tú eres rey?», Él responde: «Tú lo dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz» (Jn 18,37). Ya antes Jesús había dicho: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí» (18,36).

**Esta «confesión» de Jesús pone a Pilato ante una situación extraña: el acusado reivindica realeza y reino (*basileia*).** Pero hace hincapié en la total diversidad de esta realeza, y esto con una observación concreta que para el juez romano debería ser decisiva: nadie combate por este reinado. Si el poder, y precisamente el poder militar, es característico de la realeza y del reinado, nada de esto se encuentra en Jesús. Por eso tampoco hay una amenaza para el ordenamiento romano. **Este reino no es violento. No dispone de una legión.**

Con estas palabras Jesús ha creado un concepto absolutamente nuevo de realeza y de reino, y lo expone ante Pilato, representante del poder clásico en la tierra.

Junto con la clara delimitación de la idea de reino (nadie lucha, impotencia terrenal), **Jesús ha introducido un concepto positivo para hacer comprensible la esencia y el carácter particular del poder de este reinado: la verdad.**

Pero la verdad, ¿es acaso una categoría política? O bien, ¿acaso el «reino» de Jesús nada tiene que ver con la política? Entonces, ¿a qué orden pertenece? Si Jesús basa su concepto de reinado y de reino en la verdad como categoría fundamental, resulta muy comprensible que el pragmático Pilato preguntara: «¿Qué es la verdad?» (18,38).

Es la cuestión que se plantea también en la doctrina moderna del Estado: ¿Puede asumir la política la verdad como categoría para su estructura? ¿O debe dejar la verdad, como dimensión inaccesible, a la subjetividad y tratar más bien de lograr establecer la paz y la justicia con los instrumentos disponibles en el ámbito del poder? Y la política, en vista de la imposibilidad de poder contar con un

consenso sobre la verdad y apoyándose en esto, ¿no se convierte acaso en instrumento de ciertas tradiciones que, en realidad, son sólo formas de conservación del poder?

Pero, por otro lado, ¿qué ocurre si la verdad no cuenta nada? ¿Qué justicia será entonces posible? ¿No debe haber quizás criterios comunes que garanticen verdaderamente la justicia para todos, criterios fuera del alcance de las opiniones cambiantes y de las concentraciones de poder? ¿No es cierto que las grandes dictaduras han vivido a causa de la mentira ideológica y que sólo la verdad ha podido llevar a la liberación?

**¿Qué es la verdad? La pregunta del pragmático, hecha superficialmente con cierto escepticismo, es una cuestión muy seria, en la cual se juega efectivamente el destino de la humanidad.** Entonces, ¿qué es la verdad? ¿La podemos reconocer? ¿Puede entrar a formar parte como criterio en nuestro pensar y querer, tanto en la vida del individuo como en la de la comunidad?

**Dios es «*ipsa summa et prima veritas*, la primera y suma verdad» (S. Theol. I, q. 16, a. 5 c).** Con esta fórmula estamos cerca de lo que Jesús quiere decir cuando habla de la verdad, para cuyo testimonio ha venido al mundo. Verdad y opinión errónea, verdad y mentira, están continuamente mezcladas en el mundo de manera casi inseparable. La verdad, en toda su grandeza y pureza, no aparece. **El mundo es «verdadero» en la medida en que refleja a Dios, el sentido de la creación, la Razón eterna de la cual ha surgido. Y se hace tanto más verdadero cuanto más se acerca a Dios. El hombre se hace verdadero, se convierte en sí mismo, si llega a ser conforme a Dios. Entonces alcanza su verdadera naturaleza. Dios es la realidad que da el ser y el sentido.**

«Dar testimonio de la verdad» significa dar valor a Dios y su voluntad frente a los intereses del mundo y sus poderes. **Dios es la medida del ser.** En este sentido, la verdad es el verdadero «Rey» que da a todas las cosas su luz y su grandeza. **Podemos decir también que dar testimonio de la verdad significa hacer legible la creación y accesible su verdad a partir de Dios, de la Razón creadora, para que dicha verdad pueda ser la medida y el criterio de orientación en el mundo del hombre; y que se haga presente también a los grandes y poderosos el poder de la verdad, el derecho común, el derecho de la verdad.**

Digámoslo tranquilamente: la irredención del mundo consiste precisamente en la ilegibilidad de la creación, en la irreconocibilidad de la verdad; **una situación que lleva necesariamente al dominio del pragmatismo y, de este modo, hace que el poder de los fuertes se convierta en el dios de este mundo.**

¿Qué es la verdad? Pilato no ha sido el único que ha dejado al margen esta cuestión como insoluble y, para sus propósitos, impracticable. También hoy se la considera molesta, tanto en la contienda política como en la discusión sobre la formación del derecho. **Pero sin la verdad el hombre pierde en definitiva el sentido de su vida para dejar el campo libre a los más fuertes. «Redención», en el pleno sentido de la palabra, sólo puede consistir en que la verdad sea reconocible. Y llega a ser reconocible si Dios es reconocible.** Él se da a conocer en Jesucristo. En Cristo, ha entrado en el mundo y, con ello, ha plantado el criterio de la verdad en medio de la historia. Externamente, la verdad resulta impotente en el mundo, del mismo modo que Cristo está sin poder según los criterios del mundo: no tiene legiones. Es crucificado. Pero precisamente así, en la falta total de poder, Él es poderoso, y sólo así la verdad se convierte siempre de nuevo en poder.

En el diálogo entre Jesús y Pilato se trata de la realeza de Jesús y, por tanto, del reinado, del «reino» de Dios. Precisamente en este coloquio se ve claramente que no hay ruptura alguna entre el mensaje de Jesús en Galilea —el Reino de Dios— y sus discursos en Jerusalén. El centro del mensaje hasta la cruz —hasta la inscripción en la cruz— es el Reino de Dios, la nueva realeza que Jesús representa. La raíz de esto, sin embargo, es la verdad. La realeza anunciada por Jesús en las parábolas y, finalmente, de manera completamente abierta ante el juez terreno, es precisamente el reinado de la verdad. **Lo que importa es el establecimiento de este reinado como verdadera liberación del hombre.**

Después del interrogatorio, Pilato tuvo claro lo que en principio ya sabía antes. Este Jesús no es un revolucionario político, su mensaje y su comportamiento no representa una amenaza para la dominación romana. Si tal vez ha violado la Torá, a él, que es romano, no le interesa. Pero parece que Pilato sintió también un cierto temor supersticioso ante esta figura extraña. Pilato era ciertamente un escéptico. Pero como hombre de la Antigüedad tampoco excluía que los dioses, o en todo caso seres parecidos, pudieran aparecer bajo el aspecto de seres humanos. Juan dice que los «judíos» acusaron a Jesús de haberse declarado Hijo de Dios, y añade: «Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más» (19,8). Se debe tener en cuenta este miedo de Pilato: ¿acaso había realmente algo de divino en este hombre? Al condenarlo, ¿no atentaba tal vez contra un poder divino? ¿Debía esperarse quizás la ira de estos poderes? Pienso que su actitud en este proceso no se explica únicamente en función de un cierto compromiso por la justicia, sino precisamente también por estas cuestiones.

Obviamente, los acusadores se percatan muy bien de ello y, a un temor, oponen ahora otro temor. Contra el miedo supersticioso por una posible presencia

divina ponen ante sus ojos la amenaza muy concreta de perder el favor del emperador, de perder su puesto y caer así en una situación delicada. La advertencia: «Si sueltas a éste, no eres amigo del César» (Jn 19,12), es una intimidación. **Al final, la preocupación por su carrera es más fuerte que el miedo por los poderes divinos.**

### **3.- Meditación**

Quería únicamente centrarme en tres ideas en esta festividad de Cristo Rey. **Primero, que Cristo es ya Señor y lo puede todo**, lo puede todo, y Él puede hacer todo en mi vida si yo le dejo. Y sobre todo, Él puede lo que yo no puedo. Él es capaz de transformar mi vida, de cambiar mi corazón, de redimirme del pecado, de hacerme santo como Dios quiere.

**Segundo, Cristo lo puede todo, pero no quiere hacer nada sin nosotros.** Por eso el reinado de Cristo, que es todopoderoso, es un reinado de amor, y siendo un reinado de amor es un reinado que lo puede todo, pero que no se impone, que no arrasa, que no aplasta; **sino que solicita e invita a nuestra libertad.** Y el Señor para hacer maravillas, necesita que le dejemos. Y ese reinado de amor quiere llegar a todo lo que es humano, a toda la creación; **y quiere llegar a todo lo que es humano, es decir, al hombre entero, a todo hombre y a toda mujer, al hombre entero**, a toda la vida, a toda la sociedad, a toda la creación. Pero Él quiere pasar a través de la libertad del hombre. **Por eso el Señor en esta fiesta está solicitando nuestro sí**, como a la Virgen María, está pidiendo que le digamos que sí, que le dejemos hacer y que nos entreguemos de veras a lo que Él quiere.

**Tercero**, para Dios, para el Señor, para Jesucristo, Dios y hombre verdadero, resucitado y glorioso, que siendo Dios es hombre para siempre, resucitado y vivo, **reinar es servir**. Para Dios reinar es servir. **Y Cristo ha resucitado y es Rey para servir al hombre.** Y ahora más que nunca porque vive **para salvarnos. Toda la vida de Jesús es estar pendiente de nosotros para darnos la vida.** Por eso, celebrar la festividad de Cristo Rey es dejarle a Jesús que pueda hacer lo que más quiere hacer, que es servirnos, llenarnos de la vida divina. **Él, que tiene abierto el Corazón para llenarnos de su vida.** Él, que su mayor deseo es llevar adelante la obra de la Redención y hacer que fructifique la Redención que nos ha obtenido en la Cruz.

Podemos pedirle al Señor que nos abramos de veras al reinado de amor de Jesucristo, nuestro Rey y nuestro Señor.

Cuando el Señor decía y predicaba: «El que quiera ser primero entre vosotros, que se haga el último de todos, que se haga el siervo de todos, que se haga el esclavo de todos», no estaba simplemente dando una doctrina abstracta. Eso lo ha vivido el Señor. Lo vivió en la Última Cena tratando de explicar a los discípulos qué significaba su muerte cuando les lavó los pies (que era un oficio de esclavo) y lo ha vivido en su Pasión y en su muerte, consumando así ese abrazo a la humanidad que ha sido toda la historia de Salvación y que comenzó como tal abrazo, como tal consumación, en la Encarnación del Hijo de Dios.

El Hijo de Dios nació llorando, como cualquier hijo de Eva, y murió gritándole a Dios, como tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia. Ése es nuestro Rey. Y es un orgullo servir a ese Rey, que ilumina nuestra vida de una manera espléndida, verdaderamente maravillosa. **Ser súbditos de ese Rey es ser hijos de Dios y, por lo tanto, haber adquirido una dignidad y una libertad que no nos la da ninguna institución de este mundo.**

Ser súbditos de Cristo es tener una garantía de que podemos ser libres, de que somos libres. Cuando ese horizonte se pierde, se pierde la libertad. Sólo la fe en Dios es capaz de garantizar la libertad de los hombres. Porque los hombres, si la libertad no tiene un soporte trascendente, será un bien que buscarán con tal avaricia que siempre terminará en las manos de unos pocos; de aquellos poderosos que pueden apoderarse de ese bien e imponérselo a los demás.

La fiesta de Cristo Rey no es la añoranza de un mundo pasado que ha sido cristiano, ni muy lejano en la Historia, ni muy cercano en la Historia. Los cristianos no tenemos ninguna añoranza del pasado, porque Cristo está en medio de nosotros; Cristo es la garantía de un Pueblo de hombre libres, hijos libres de Dios. De un Pueblo que no teme la Verdad; que no teme arriesgar su vida; que vive gozoso y agradecido, porque sabe cuál es el horizonte de la vida, en el que se sitúa su vida, su nacimiento, su amor esponsal, su muerte. Todo es parte de la historia de Dios.

Llevamos muchos siglos imaginándonos que Dios está fuera de la Creación, y cuando se pone a Dios fuera de la Creación nos lo terminamos imaginando, queramos o no, como un emperador de la «Guerra de las Galaxias»: una especie de ingeniero rodeado de ordenadores que maneja este mundo. Y claro, inmediatamente dice uno, «pues, qué mal ingeniero, porque la verdad es que basta abrir el periódico o el telediario y este mundo funciona bastante mal». Eso no es católico. Pensar a Dios fuera del mundo no es católico, no es cristiano. ¿Dónde está Dios? En el cielo, en la tierra y en todas partes. Nuestros rostros, nuestros ojos, nuestro corazón están hechos del Hijo de Dios. Están hechos de



Cristo. Estamos hechos de Cristo y Él es nuestro Rey no por ninguna conquista, sino por su Amor infinito, que infunde en nuestros corazones y que se extiende a todos los hombres. No hay nadie a quien Dios no ame. Ni el más malvado, ni el criminal más grande. No hay nadie que esté fuera del Amor de Dios, y hemos sido creados y mantenidos en la vida por un Amor infinito.

La conquista con la que el Hijo de Dios nos ha conquistado y nos ha rescatado del poder del pecado para que podamos vivir en la esperanza de la vida eterna, en la certeza de la dignidad de nuestra vida, es justamente la conquista de un amor que se hace esclavo nuestro, que se entrega por nosotros para que nosotros vivamos. Lo cantamos en la noche de Pascua y es el centro del misterio cristiano: «Para rescatar al esclavo, entregaste a tu Hijo». Nosotros, yo, soy ahora hijo y nadie me da en este mundo la dignidad de hijo de Dios, heredero del Reino de Dios, heredero de la vida eterna; nadie me la da más que el Hijo de Dios. Por lo tanto, cuando yo digo «Señor», no estoy diciendo una palabra vacía de un eslogan religioso. Estoy diciendo lo más serio. Estoy diciendo la palabra que garantiza la verdad de nuestros matrimonios, la verdad de nuestras vidas, la verdad de nuestra dignidad. Cuando esa referencia falta, ¡qué vacío es todo!, ¡qué flotando como perdidos en el cosmos vivimos cada uno!, ¡con cuánta soledad no nos quedamos y no nos damos cuenta!

Señor, quiero ser súbdito tuyo, porque ésa es la única forma de ser plenamente uno mismo, plenamente libre, capaz de amar como Tú amas; por lo menos, de tener el deseo y el horizonte de un amor sin límites, y de vivir en una alegría agradecida. ¡Eso es el cristianismo, Dios mío! ¿Que está eso muy lejos de lo que concebimos como el cristianismo? Pues sí. Pero eso sólo indica la profundidad de la conversión a la que la Iglesia nos lleva llamando.

Demos gracias por tener semejante Rey, y por estar llamados a una preciosidad de vida tan grande, que jamás nos hubiéramos podido imaginar.

## EL COMENTARIO DE LOS PADRES

**SAN AGUSTÍN**, *Comentario sobre el Evangelio de san Juan 115, 2-3*

Escuchad, pues, judíos y gentiles, pueblo de la circuncisión y pueblo del prepucio; oíd todos los reinos de la tierra: «No estorbo vuestro dominio terreno sobre este mundo, pues mi reino no es de este mundo». No sucumbáis a vanos temores, como fueron los de Herodes el Grande ante el nacimiento de Cristo, dando muerte a tantos niños para eliminarlo, acuciada su crueldad más por el temor que por la ira. *Mi reino –dice– no es de este mundo. ¿Queréis más? Venid al reino que no es de este mundo: venid llenos de fe y no le persigáis llenos de temor. ¿Cuál es su reino, sino los que creen en Él, de los que dice: vosotros no sois del mundo como yo no soy del mundo? (...) Pilato le contestó: Luego ¿tú eres rey? Y Jesús contesta: «Tú lo has dicho, yo soy rey» (Jn 18,37). No es que temiera proclamarse rey, sino que puso el contrapeso de estas palabras: Tú lo dices; de modo que no niega ser rey –porque es rey del reino que no es de este mundo–, ni confiesa que sea tal rey, cuyo reino se crea que es de este mundo, como pensaba quien le había preguntado: Luego, ¿tú eres rey?, a lo que él respondió: Tú lo dices: «Yo soy rey». Las palabras: Tú lo dices equivalen a esto: «Siendo tú carnal, hablas según la carne».*

**SAN AGUSTÍN**, *Comentario sobre el evangelio de san Juan 115, 4*

*Todo aquel que pertenece a la verdad, escucha mi voz.* La oye ciertamente con los oídos interiores, esto es, obedece a mi voz, lo cual tanto vale como si dijese: me cree. Cuando, pues, Cristo da testimonio de la verdad, da testimonio de sí, porque voz suya es: *Yo soy la verdad*; y en otro lugar dijo: *Yo doy testimonio de mí*. Más cuando dice: *Todo aquel que pertenece a la verdad escucha mi voz*, manifiesta la gracia (...) Porque, si nos fijamos en la naturaleza en que hemos sido creados, habiendo sido creados todos por la verdad, ¿quién no procede de la verdad? Mas no todos reciben de la verdad la facultad de escuchar la verdad, esto es, de obedecer a la verdad y creer en la verdad, **desde luego sin méritos precedentes, para que la gracia no deje de ser gracia**. Si hubiese dicho: Todo el que oye mi voz pertenece a la verdad, pudiera ser que se creyese que pertenece a la verdad porque obedece a la verdad; mas no dijo esto, sino: *Todo aquel que pertenece a la verdad, oye mi voz*. Por tanto, no pertenece a la verdad porque oye su voz, sino que **oye su voz porque pertenece a la verdad, es decir, porque de la verdad ha**

**recibido este don.** Y esto, ¿qué quiere decir sino que cree en Cristo porque le ha dado ese don?

**SAN AGUSTÍN, Sermón 218, 5-6: PL 38, 1085**

Con el rótulo puesto sobre la cruz, en el que estaba escrito: *Rey de los judíos*, demostró que ni siquiera causándole la muerte pudieron conseguir los judíos que no fuera su rey quien con sublime potestad y a todas luces dará a cada uno lo que merezcan sus obras. El que el rótulo estuviera escrito en tres lenguas: hebreo, griego y latín, indica que iba a reinar no sólo sobre los judíos, sino también sobre los gentiles. Por eso, después de haber dicho en el mismo salmo: *Él me constituyó rey sobre Sion, su monte santo*, es decir, donde se hablaba la lengua hebrea, añade a continuación, como refiriéndose a la griega y a la latina: *El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy; pídemelo, y te daré los pueblos en herencia y los confines de la tierra como posesión* (Sal 2,6-7).

**SAN GREGORIO DE NISA, Sobre la vocación cristiana: BPa 18, 79-80**

Quien según la enseñanza sobre la forma de orar, pide que venga a él el reino de Dios (cf. Mt 6, 10), una vez que sabe que el verdadero rey es rey de justicia y de paz, enderezará completamente su propia vida hacia la justicia y la paz. El ejército de este rey está constituido por todas las virtudes, pues estimo que todas las virtudes han de entenderse en conexión con la justicia y la paz. Si alguien, abandonando la milicia de Dios, se enrola en el ejército de los enemigos y, despojándose del escudo de la justicia y de toda la armadura de la paz, se convierte en soldado del inventor de la maldad, ¿cómo podrá continuar bajo el rey de justicia tras haber arrojado el escudo de la verdad? El distintivo de su armadura mostrará necesariamente a su rey, ya que, en su forma de vestir, **mostrará a su rey como imagen impresa en sus armas.**

**ORÍGENES, presbítero, Opúsculo sobre la Oración, 25.**

Venga a nosotros tu reino.

Si, como dice nuestro Señor y Salvador, *el reino de Dios no vendrá espectacularmente, ni anunciarán que está aquí o está allí, sino que el reino de Dios está dentro de nosotros, pues la palabra está cerca de nosotros, en los labios y en el corazón*, sin duda, cuando pedimos que venga el reino de Dios, lo que pedimos es que este reino de Dios, que está dentro de nosotros, salga afuera, produzca fruto y se vaya perfeccionando. Efectivamente, Dios reina ya en cada uno de los santos, ya que éstos se someten a su ley espiritual, y así Dios habita en ellos como

en una ciudad bien gobernada. En el alma perfecta está presente el Padre, y Cristo reina en ella, junto con el Padre, de acuerdo con aquellas palabras del Evangelio: *Vendremos a él y haremos morada en él.*

Este reino de Dios que está dentro de nosotros llegará, con nuestra cooperación, a su plena perfección cuando se realice lo que dice el Apóstol, esto es, cuando Cristo, una vez sometidos a él todos sus enemigos, entregue *a Dios Padre su reino, y así Dios lo será todo para todos.* Por esto, rogando incesantemente con aquella actitud interior que se hace divina por la acción del Verbo, digamos a nuestro Padre que está en los cielos: *Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino.*

Con respecto al reino de Dios, hay que tener también esto en cuenta: del mismo modo que *no tiene que ver la luz con las tinieblas, ni la justicia con la maldad, ni pueden estar de acuerdo Cristo y el diablo,* así tampoco pueden coexistir el reino de Dios y el reino del pecado.

Por consiguiente, si queremos que Dios reine en nosotros, procuremos que de ningún modo *el pecado siga dominando nuestro cuerpo mortal,* antes bien, mortifiquemos *todo lo terreno que hay en nosotros* y fructifiquemos por el Espíritu; de este modo, Dios se paseará por nuestro interior como por un paraíso espiritual y reinará en nosotros él solo con su Cristo, el cual se sentará en nosotros a la derecha de aquella virtud espiritual que deseamos alcanzar: se sentará hasta que todos sus enemigos que y en nosotros sean puestos *por estrado de sus pies,* y sean reducidos a la nada en nosotros todos los principados, todos los poderes y todas las fuerzas.

Todo esto puede realizarse en cada uno de nosotros, y *el último enemigo, la muerte,* puede ser reducido a la nada, de modo que Cristo diga también en nosotros: *¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?* Ya desde ahora este nuestro *ser, corruptible,* debe vestirse de santidad y de *incorruptión,* y este nuestro *ser, mortal,* debe revestirse de la *inmortalidad* del Padre, después de haber reducido a la nada el poder de la muerte, para que así, reinando Dios en nosotros, comencemos a disfrutar de los bienes de la regeneración y de la resurrección.

## CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que la bondad de Jesucristo, Rey del Universo, esté siempre contigo!

Acabo de recibir tu carta de respuesta a la que te había enviado la semana pasada, por la que veo que sigues estando bien, a pesar de esta pequeña ola de catarros y diarreas que estamos atravesando y que tiene a medio mundo tocadillo. Cada vez son más los que se ven doblegados por los ataques furibundos de esos bichillos incordiantes. En fin, es la fruta propia de estos tiempos, casi invernales.

Los árboles se van quedando desnudos, sin hojas..., y viene a mi recuerdo el árbol desnudo de la Cruz, desde ahí, desde la Cruz gloriosa, reina el Señor. Si te has acercado a las lecturas de este domingo, verás que celebramos la solemnidad que clausura el año litúrgico: Jesucristo, Rey del Universo. Y al acercarme al Evangelio no puedo dejar de escuchar esas palabras de Jesús: *Todo el que es de la verdad, escucha mi voz*. Esa voz es una voz que nos llama a la vida, que nos llama a la libertad. No es infrecuente conectar la fiesta de Cristo Rey con una cierta simpatía o congruencia de la Iglesia con un sistema social y político que muchos tienden a considerar pretérito. Y, sin embargo, la afirmación de la realeza de Cristo tiene poco que ver con la problemática de los sistemas sociales del mundo moderno, aunque evidentemente, esa afirmación es decisiva para la actitud que un hijo de la Iglesia debe tomar con respecto a los poderes del mundo, sea cual sea el sistema político concreto en que estos poderes se plasmen.

La afirmación de la realeza de Cristo traduce, sencillamente, la primera afirmación cristiana, y la más nuclear: «Jesús es Señor». Y esa afirmación es considerada por los estudiosos como el primer credo cristiano. Esa afirmación también expresa el núcleo central de toda la experiencia cristiana. De ella se deriva todo lo demás. Y, como recuerda san Pablo, esa afirmación, «Jesús es Señor», no puede hacerse sin el Espíritu Santo: *Nadie puede decir «Jesús es Señor» sino en el Espíritu Santo*. Se es cristiano sólo por la gracia de Dios.

Y si lo piensas te darás cuenta de que del reconocimiento de Cristo como Señor de la vida se deriva todo el resto de los aspectos de la experiencia cristiana: la experiencia de Dios como comunión de Personas, como Dios Trino; la conciencia de que en Cristo somos una criatura nueva; la conciencia de que la Iglesia es el lugar donde la gracia de Cristo y la comunión del Espíritu nos es regalada como el don más precioso; los sacramentos; la moral cristiana...

De la experiencia de que Jesús es el Señor se deriva también, y sobre todo, que **Él es el criterio último de la plenitud humana; ser «hijos en el Hijo» es la**

**meta, el fin verdadero y último de la existencia humana.** Para ello hemos sido creados. Eso significa muy concretamente **que Cristo es, ante todo, el criterio de nuestra mirada sobre la realidad, sobre las obras del hombre, sobre las obras culturales, sociales, políticas, y en la medida en que se adecúan a Cristo son humanas, más humanas; en la medida en que se alejan de Cristo, pierden en humanidad.**

Parecerá paradójico, pero reconocer a Cristo como Señor, y reconocerse uno como siervo de Cristo, es la condición decisiva para poder reconocer y amar la propia dignidad, y para poder reconocer y amar la libertad. De hecho, es en el ámbito de la Iglesia donde ha nacido la conciencia de que el hombre es libre en tanto que hombre, por su condición de persona. Y esto es así porque el valor de la libertad y el valor de la vida se reconocen sólo a la luz del fin de la vida humana. **Por ello ser de Cristo es ser libre. Y no ser de Cristo, inevitablemente, termina haciéndonos esclavos de algún ídolo que no puede cumplir la vida, que no puede dar plenitud al corazón.**

Me gustaría que este domingo, en la celebración de la Eucaristía, podamos dar un «Sí» pleno y regio al Gran Pastor de las ovejas, Jesús nuestro Señor.

En su señorío nos encontramos cada día mi buen amigo. Agradezco a Dios el hecho de tu existencia. Recibe un abrazo de tu amigo,

Doroteo